

El eco de lo invisible

No es el trueno el que cambia la montaña,
sino el agua constante, casi muda,
esa que entre las grietas de desnuda
y con paciencia el granito acompaña

Buscamos la respuesta en el estruendo
en el brillo fugaz de lo que arde,
sin ver que la verdad llega muy tarde,
en el silencio que vamos tejiendo

Hay un mundo latiendo en lo pequeño:
en el rastro de luz que deja el viento,
en la pausa sutil del pensamiento
donde el alma, por fin, recobra el sueño.

No somos solo el golpe ni la herida,
ni el nombre que grabamos en el muro;
somos el paso incierto, pero puro,
que le da su sentido a la partida